

Más proyecto, menos votos

JOSEP RAMONEDA

En su segunda investidura Zapatero ha necesitado acudir a una segunda votación para ser elegido presidente por mayoría simple. El PSOE lo advirtió con antelación para convertir una disminución objetiva del apoyo parlamentario en un éxito del presidente. Aplegar menos votos que en su anterior elección tendría para Blanco y los suyos el valor de demostrar que Zapatero no se debe a nadie. Lo cual no deja de ser un reconocimiento explícito de que en la legislatura anterior estuvo demasiado condicionado por los compromisos. Desde el mismo día de las elecciones, el PSOE ha cargado sobre estos compromisos el desencanto por no haber alcanzado la mayoría absoluta. Al mismo tiempo, sus aliados de la pasada legislatura —tanto los estables como los ocasionales— han visto cómo parte de sus votos se convertían en voto útil socialista, con lo cual han emergido a la superficie de las crisis larvadas que venían incubando. Zapatero espera que IU, CiU, ERC y PNV se redefinan antes de ponerse a pactar.

En los últimos años, la soledad del PP se había convertido en un hábito parlamentario. Sería precipitado interpretar que la soledad ha cambiado de orilla. Acompañaron al PP en el voto negativo ERC y Rosa Díez. La coincidencia con los independentistas sólo puede ser en contra de algo —de Zapatero, en este caso—, nunca a favor de nada. Otra cosa distinta es Díez, que en el debate de investidura hizo, en materia de terrorismo y de educación, el trabajo de desgaste que Rajoy se ahorró. En medio hay un amplio abanico de abstencionistas dispuestos a escuchar las ofertas del presidente.

En la decisión de no negociar apoyos de investidura puede haber una fantasía peligrosa: la mayoría absoluta. Zapatero podría tener la tentación de actuar como si la tuviera, sin tenerla. Pero probablemente todo sea más simple. Al demostrar que no le crea ninguna preocupación ser elegido por mayoría simple, Zapatero quiere mandar un doble mensaje de autoridad. El PSOE tiene una gran ventaja sobre el PP: está por encima del 30% de votos en todas las provincias, es decir, por mucho que digan los que juran que España está en almoneda, es el único que vertebrará mínimamente España. En esta elección, por encima del Ebro ha obtenido sus mejores resultados; por debajo, sus principales retrocesos. A ambos lados, una misma señal: el tono de la idea de España lo doy yo. A los que querían sacar ventaja del prurito de ser elegido en primera votación les dice que no le importa, que no está dispuesto a pagar sobrepagos. A los que temían su entreguismo les dice que va a ajustar el precio de los pagos políticos. O sea, trabajo para José Antonio Alonso.

Zapatero hizo un discurso de investidura que contenía lo que siempre se le ha echado en falta: un proyecto político de izquierdas. Puede sorprender que cuando tiene proyecto es cuando consigue menos apoyos. Desgraciadamente, en política parlamentaria no se vota tanto por los contenidos como por el pago político. Tres piezas articulan su proyecto: una idea de España, el principio de decencia y equilibrio social-liberal entre igualdad y ampliación de derechos y libertades.

La idea de España de Zapatero asustaba en las periferias por lo que puede tener de restauradora —por la cota del 50% de gasto público mínimo en manos del Gobierno central se le colocó música pepera—, pero el presidente no quiere que el PP vuelva a robarle esta bandera. Se equivocaría Zapatero si, por sus buenos

resultados, diera a los nacionalismos por derrotados o creyera que determinadas reivindicaciones periféricas son simples caprichos de los líderes nacionalistas.

El principio de decencia le obliga mucho. Si el presidente baja a los lugares en que la Administración entra en contacto con los ciudadanos, verá que no sólo hay ciudadanos que humillan a otros, también el Estado humilla muy a menudo a los ciudadanos. La lucha contra el abuso de poder en todos los ámbitos es, ciertamente, una posible vía de renovación ideológica de la izquierda. Pero hay que predicar con el ejemplo.

La apuesta por incidir en la política de igualdad frente a la crisis económica refuerza su mejor línea, la que le dio mayor reconocimiento en la izquierda europea en su gestión anterior: la igualdad convertida en derechos y libertades.

Sigue, sin embargo, la ausencia en su discurso de una política internacional activa y comprometida. En su primera decisión como presidente tuvo el coraje de desafiar a Estados Unidos y retirar las tropas de Irak. Desde entonces se quedó mudo. Y, sin embargo, no hay proyecto moderno de país sin ubicarlo en el mundo.

El País, 13 de abril de 2008